



ESTUDIO

Epístolas Paulinas

II CORINTIOS

5

2ª Epístola a los Corintios

Capítulo 5

La experiencia de gloria eterna en el cuerpo resucitado | 2 Corintios 5:1-10

Aunque exteriormente Pablo se estaba *desgastando*; 2 Corintios 4:7-12, no desmayaba, ya que interiormente se iba *renovando día a día*. Y de todos modos, los problemas exteriores eran una *momentánea y leve tribulación* comparados con el peso y el carácter eterno de la gloria que experimentaría como resultado. Pablo soportaba las aflicciones en el mundo visible actual, manteniendo delante de sí las glorias del mundo aún invisible.

Es a la luz de este concepto que Pablo pasa a explicar qué es lo que él espera para cuando *nuestra morada terrestre, este tabernáculo*, se deshaga. La forma en que interpretemos el versículo 1 determinará la forma en que interpretemos la totalidad del tópic (1-10). La expresión griega *oikía* traducida como morada indica residencia o casa, literalmente o figurativamente. Dado que el texto sigue el contexto de 2 Corintios 4:16, donde Pablo habla del hombre exterior para referirse al cuerpo, debemos entender la expresión morada de forma figurada, entendiéndose como morada o casa, el cuerpo terrenal.

“**Casa**” expresa más *permanencia* que la que pertenece al cuerpo; por esto se agrega la calificación del “**tabernáculo**” (que da a entender que es móvil, transitorio, no permanente); Job 4:19; 2 Pedro 1:13-14. Esto pues, corresponde al tabernáculo en el desierto. Su armazón de madera y sus cortinas se gastaron con el tiempo cuando Israel vivía en Canaán, y fue sustituido por un templo fijo. El templo y el tabernáculo en todo lo esencial eran iguales: tenían la misma arca, la misma nube de gloria. Tal es la relación entre el cuerpo “**terrenal**” y el cuerpo de la “**resurrección**” (espiritual). El Espíritu Santo está entronizado en el cuerpo del creyente como en un santuario; 1 Corintios 3:16. Así como el arca salía primero al desmantelarse el tabernáculo en el desierto; Números 4:5, así el alma (que, como el arca, es rociada con la sangre de la expiación, y es el depósito sagrado en el santuario más interior, 2 Timoteo 1:12) en la disolución del cuerpo; luego fueron quitadas las coberturas, correspondientes a la carne; y finalmente, la armazón y tablas, correspondiendo a los huesos, que son los últimos en disolverse. Pablo, como *fabricante de carpas*, usa una imagen tomada de su oficio; Hechos 18:3.

El apóstol es consciente de la disolución del cuerpo por medio de la muerte, lo cual le hace albergar la esperanza de otro cuerpo, declarando “**tenemos de Dios un edificio**” (en perspectiva *asegurada* de posesión, tan cierta como si estuviera en nuestras manos), en los cielos. *Edificio* de la raíz *oikía* sugiere algo firme, no un tabernáculo o tienda temporal. Aunque nuestro cuerpo actual es “de parte de Dios” también, sin embargo no viene nuevo y perfecto de sus manos, como sucederá con nuestro cuerpo resucitado. Las palabras “**no hecha de manos**”, nos recuerdan a las de Jesús en Marcos 14:58 “...Yo derribaré este templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro hecho sin mano”, en las cuales se establece un contraste entre el cuerpo terrenal y el celestial, por medio de la figura del templo o edificio, que sugiere la idea de la no intervención del hombre. En el cuerpo terrenal es necesaria la intervención del hombre, en el cuerpo espiritual no.

Pablo debido al carácter temporal del cuerpo actual, expresa que por ese motivo gemimos o suspiramos. Los gemidos de los santos son prueba del deseo que hay en estos por lo celestial, por la consumación de la redención; Romanos 8:23, esperando ser revestidos con el cuerpo

espiritual; 2 Corintios 5:2. Para Pablo el cuerpo es también como una vestidura, de la cual no se quiere despojar, sino cambiar, pues el cambio lo ve como una necesidad, y así se lo señala en la primera carta; 1 Corintios 15:53,54. Al mismo tiempo no se quiere despojar del cuerpo, lo cual equivale a ser desnudado, dado que el propósito de Dios no es que quedemos sin cuerpo, sino que poseamos uno acorde a la vida celestial. Dios nos ha hecho para este propósito, y les da su Espíritu a los creyentes como garantía de que su propósito se concretará; Romanos 8:11. El Espíritu Santo es un pago adelantado de la vida venidera. Debido a la presencia del Espíritu Santo puede no sólo tener confianza para el futuro, sino también intrepidez en el presente.

Pablo sabe que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor. “**Presentes en el cuerpo**” significa en las solidaridades y seguridades de la existencia terrenal. No es el cuerpo como tal, sino el mismo estado general de vida indicado por el cuerpo animal en 1 Corintios 15:44. Estar en nuestra existencia terrenal es estar ausentes del Señor, concepto que Pablo aclara diciendo: *porque por fe andamos no por vista*. En la tierra el cristiano vive en relación con su Señor, no por lo que ve o por apariencia, sino por fe en las cosas que no se ven; 2 Corintios 4:18. Pablo es consciente de que la tierra no es el cielo, que una visión de Jesús por la fe no es comparable a la visión real del Señor en su gloria.

En estos términos el apóstol prefiere la vista a la fe, pues quisiera antes estar fuera del cuerpo que en el cuerpo, y cara a cara con el Señor que lejos del Señor. Su preferencia es esa forma de vida final que incluye el cuerpo espiritual, que poseerá en su venida. Esta preferencia gobierna todas las circunstancias, no sólo confía sino que procura (gr. *filotimpóomai*, ansioso o ferviente para hacer algo), ausente o presente, ser agradable. La motivación es al menos en parte el hecho de la final y absoluta responsabilidad ante Dios, porque es necesario que todos nosotros (los cristianos) seamos públicamente expuestos tal como somos ante el tribunal de Cristo. La realidad de nuestro carácter será revelada plena y abiertamente, recibiendo lo que nos corresponde según lo que hayamos hecho mientras estábamos en el cuerpo, sea bueno o sea malo (gr. *kakós*, inválido, sin valor). El cristiano es plenamente responsable ante Dios por la calidad de su vida presente.

El ministerio de la reconciliación | 2 Corintios 5:11-21

Pablo tiene en mente el hecho del juicio, de modo que está plenamente consciente de su tremenda responsabilidad ante Dios. Por lo tanto persuade a los hombres, cuando es necesario, de la integridad de sus motivos ministeriales. La seguridad que tienen contra cualquier insinceridad de su parte es que a Dios le es manifiesto lo que somos. Apela a lo que Dios sabe de él, que es todo. Pablo cree que en sus corazones ellos saben que él es genuino. No está recomendándose a ellos otra vez, mas bien quiere darles un incentivo y los recursos para responder adecuadamente a aquellos que lo están atacando. Ellos están en posición de defender al apóstol y deberían hacerlo contra los que se glorían en las apariencias y no en el corazón; 2 Corintios 5:12.

Para muchos el apóstol había perdido la razón, que es lo mismo que se dijo de Jesús; Marcos 3:21. El santo entusiasmo con el cual él hablaba de lo que Dios efectuaba por su ministerio apostólico, a muchos les parecía locura; Hechos 26:24. Cuando la conducta de Pablo es excepcional frente a las normas humanas, él insiste en que **es para Dios**; y cuando su conducta es corriente, dice: **es para vosotros**. Por lo tanto, en contraste con sus críticos, toda su conducta está libre de egoísmo.

Además Pablo argumenta que no podría hacer otra cosa que no fuera servir a Cristo, luchando por hacerlo con la mayor integridad, ya que lo constriñe el amor de él. Está convencido de que Cristo murió en su lugar, y ahora él quiere vivir para Jesús. Vemos aquí dos aspectos de la

motivación de Pablo para el ministerio, cada uno de los cuales debería reflejarse en nuestra propia motivación en nuestro servicio al Señor. Por un lado, Pablo es consciente de que es responsable (de rendir cuentas), y por tanto siente un santo temor; 2 Corintios 5:11, y por el otro, conoce el gran amor de Cristo y por eso no puede hacer otra cosa que vivir para aquel que murió y resucitó por él; 2 Corintios 5:14,15.

Uno de los resultados de la muerte de Cristo y su resurrección es que Pablo tiene un nuevo punto de vista: *De manera que nosotros, de aquí en adelante, a nadie conocemos según la carne.* Los atributos y logros que anteriormente podían haber resultado muy valiosos para él, son ahora insignificantes a sus ojos; Filipenses 3:4-8. También significa que ve a Cristo de una manera nueva. Antes de su conversión, él juzgaba a Jesús usando criterios del mundo, tales como raza, posición social, título, y llegó a conclusiones equivocadas, considerando blasfema la pretensión de Jesús de ser Hijo y Mesías; Gálatas 1:13,14. Como consecuencia de este nuevo punto de vista, para Pablo el que esta en Cristo es una nueva criatura en virtud de la nueva relación con Dios, por lo tanto el punto de vista anterior (las cosas viejas) ha quedado atrás y todo lo que hace es nuevo en naturaleza.

De esta nueva creación en la que los creyentes ya participan, Pablo dice que *todo esto proviene de Dios*, porque fue Dios quien tomó la iniciativa en Cristo para reconciliarnos *consigo mismo*, sin tener en cuenta nuestros pecados. Habiéndonos reconciliado, Dios *nos ha dado el ministerio de la reconciliación*, de modo que a través de nosotros como embajadores suyos él exhorta a otros a que se reconcilien con él. Ellos deben responder a esa exhortación para poder también experimentar la reconciliación. La palabra de reconciliación es la esencia del ministerio de reconciliación. La palabra califica absolutamente todas las fases del ministerio. Este ministerio no consiste primordialmente en dar buenos consejos, sino en comunicar a los hombres las buenas nuevas de lo que Dios ha hecho en Cristo por el mundo.

Antes de continuar con su exhortación a los corintios en el siguiente capítulo, Pablo hace una afirmación extremadamente profunda a pesar de ser muy concisa, sobre la obra de Cristo: *Al que no conoció pecado, por nosotros Dios le hizo pecado.* Se han sugerido varias interpretaciones al respecto: que Cristo fue hecho pecador; que fue hecho ofrenda por el pecado; que debió cargar con las consecuencias de nuestros pecados. La primera sugerencia es justamente rechazada por ser totalmente incorrecta. La segunda puede ser apoyada considerando el uso que Pablo hace de la terminología de los sacrificios en otros lugares; Romanos 3:25; 1 Corintios 5:7, y el hecho de que en la versión griega de Levítico 4:24 y 5:12 la palabra que aquí se traduce como *pecado* se utiliza para significar "ofrenda por el pecado". La tercera interpretación se apoya en lo que Pablo dice en Gálatas 3:13, al hablar de la muerte de Cristo en términos de soportar las consecuencias de nuestros pecados: "Cristo nos redimió de la maldición de la ley al hacerse maldición por nosotros (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)." Esta interpretación se apoya, además, en el hecho de que la aseveración *al que no conoció pecado, por nosotros Dios le hizo pecado* queda equilibrada por la aseveración opuesta, *para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él.* Si convertirse en la justicia de Dios significa que Dios ha pronunciado un juicio a nuestro favor y nos pone en la relación correcta con él, entonces, convertirse en pecado, como opuesto a eso, significaría que Dios pronunció juicio contra Cristo (porque éste tomó sobre sí mismo la carga de nuestros pecados; Isaías 53:4-6,12), con la consecuencia de que, por nosotros, su relación con Dios quedó cortada momentánea pero terriblemente más allá de toda comprensión humana; Mateo 27:46. Entonces, no es extraño que el amor de Cristo fuera una fuerza motivadora tan grande en la vida de Pablo; y una vez que comprendemos la significación del amor de Cristo por nosotros, también será una enorme fuerza motivadora en nuestras propias vidas.

